

## Causas y Remedios de la Corrupción Política según Maquiavelo

## Causes and Remedies of Political Corruption According to Machiavelli

*Antonio Pérez Valerga*

*Pontificia Universidad Católica del Perú*

**Resumen:** El artículo busca, en primer lugar, repensar la mala fama que Maquiavelo adquirió desde muy temprano, corrigiéndola con estudios más recientes que leen con mayor atención lo que efectivamente dice Maquiavelo. Así, en segundo lugar, se muestra que la preocupación principal de Maquiavelo en todas sus obras es asegurar la permanencia de la república, no con el argumento de la seguridad del Estado ni la tranquilidad de los ciudadanos y menos para enriquecer a los gobernantes, sino con una clara defensa de la libertad frente a otros Estados, en las relaciones exteriores, y de los ciudadanos mismos, al interior de cada Estado. Por último, se analizan los consejos que da Maquiavelo para combatir la corrupción, mostrando que su preocupación no es solo impedir que los funcionarios públicos utilicen sus cargos en beneficio propio y no del bien común, sino, tal vez sobre todo, advirtiendo que la corrupción de los funcionarios solo es posible cuando los ciudadanos han abandonado su capacidad legisladora y prefieren la seguridad o intereses privados antes que su propia libertad, es decir, cuando los ciudadanos mismos están corruptos.

**Palabras clave:** Maquiavelo; política; corrupción; ciudadanía; instituciones

**Abstract:** The article seeks, in the first place, to rethink the bad reputation that Machiavelli acquires from very early on, correcting it with more recent studies that read with the greatest attention what Machiavelli actually says. Thus, secondly, it is shown that Machiavelli's main concern in all his works is to ensure the permanence of the republic, not with the argument of state security, the tranquility of the citizens or even less so to enrich the rulers, but with a clear defense of freedom against other states, in foreign relations, and of the citizens themselves, within each state. Finally, Machiavelli's advice to combat corruption is analyzed, showing that his concern is not only to prevent public officials from using their positions for their own benefit and not for the common good, but, perhaps above all, warning that corruption of officials is only possible when citizens have abandoned their legislative capacity and they prefer security or private interests over their own freedom, that is, when citizens themselves are corrupt.

**Keywords:** Machiavelli; politics; corruption; citizenship; institutions

## *Introducción*

Una oscura fama persigue a Nicolás Maquiavelo desde los comienzos mismos de su carrera política e intelectual; tan es así, que la frase “maquiavélico” resume la imagen del político oportunista, para el que todo vale con tal de conservarse en el poder y de cuidar sus propios intereses. Ejemplos del político “maquiavélico” en ese sentido no faltan, por supuesto, en la política peruana: prácticamente todos los que la practican, salvo, por supuesto, algunas excepciones.

Nuevas interpretaciones de las obras de Maquiavelo, sin embargo, pueden ayudar a comprender su posición con mayor claridad e imparcialidad. Entre las más recientes, es tal vez la de Quentin Skinner la más influyente, por lo breve y a la vez erudita, pero ya Isaiah Berlin y el mismo Merleau Ponty, para no hablar de Benito Spinoza en el siglo XVII, habían recuperado una imagen muy distinta del secretario florentino; y aunque ahora, en tan breve espacio, no podremos cambiar un sentido común tan arraigado, veremos si nos es posible eliminar algunos prejuicios para facilitar así un acercamiento más equilibrado a su obra.

Este intento lo haremos desde un tema específico, el de la corrupción política, que nos ofrecerá grandes sorpresas, pues para Maquiavelo la corrupción política no es solo ni principalmente un problema de los políticos malvados que la realizan sino tal vez sobre todo de los ciudadanos sumisos que la permiten. Pero primero algunas ideas generales para contextualizar nuestra ponencia.

### *1. Republicanismo Moderno*

Maquiavelo comparte muchas características con los pensadores políticos modernos que están por venir (Hobbes, Spinoza y Rousseau, incluso Montesquieu), aunque todavía en un estado naciente y rudo, por decirlo así. Estos temas son, por ejemplo, el

republicanismo, la separación de poderes, la educación del príncipe y del pueblo, la religión civil, por citar sólo algunos.

Digo que estos temas están todavía sin limar en Maquiavelo porque, por ejemplo, en lo que se refiere a la separación de poderes, característica de lo que en la modernidad entendemos por gobierno republicano, el florentino aboga por distinguir entre dos clases sociales (y no, como lo hará más adelante Montesquieu, entre varias instituciones que se contrapesan entre ellas), la de los ricos y la de los pobres, la primera que quiere dominar y la segunda, al contrario, que no acepta ser dominada por nadie. Maquiavelo, de hecho, le exige al príncipe que mantenga e incluso aumente la contradicción de clases, pues de esta manera podrá gobernar mejor a todo el pueblo, pero, tal vez, sobre todo, porque esa tensión es útil para que las dos partes de la sociedad se fiscalicen una a la otra.

También está el tema de la mejor religión popular, que raras veces es para los autores modernos la cristiana, porque es más bien una religión privada y se opone, entonces, a una religión civil que es la que interesa cuando se trata de gobernar al pueblo a través del miedo y de la esperanza.

El primer lugar de estos lugares comunes modernos, sin embargo, lo ocupa el ya citado republicanismo, que podemos encontrar desde Maquiavelo hasta Rousseau con diferentes matices, pero siempre ligado al gran ejemplo del estado romano. Este republicanismo nos ayudará también a comprender que las intenciones de Maquiavelo no son de ninguna manera oportunistas, pues de lo que se trata para nuestro autor es, siempre, defender (a todo precio, es cierto) el bien común por encima de todo interés personal.

En ese sentido, podemos decir que Maquiavelo es un autor moral, lo que se entiende mejor si tomamos en cuenta la descripción aristotélica de la acción; para el estagirita, en efecto, toda acción propiamente humana supone necesariamente un bien que se persigue, que es el fin, al cual quedan supeditados los medios para alcanzarlo. La gran diferencia se encuentra en que los medios no son

necesariamente morales para Maquiavelo, pero definitivamente el fin lo es, pues el príncipe debe perseguir siempre el bien común, así que en ese sentido específico no hay duda de que Maquiavelo es un “moralista” o, más exactamente, un republicano.

No es, por cierto, un republicano clásico, que piense que el Estado forma moralmente a sus ciudadanos. Tampoco es un liberal en el sentido que nosotros damos a esa palabra, pues no busca la comodidad o el bienestar de los ciudadanos, ni ayudarlos a satisfacer sus deseos. El objetivo de Maquiavelo y el que mantiene unidos a todos, ricos y pobres, es más bien la guerra externa, por lo que no podemos comparar sus métodos con el de ningún grupo político contemporáneo. Más cerca estaríamos al pensar que es un defensor de una “razón de Estado”, aunque perderíamos de vista, de todas maneras, lo que nuestro autor tiene siempre como fin, la grandeza del Estado o república, su libertad y la de sus ciudadanos. Esto se puede leer literalmente en el título del capítulo 41 del libro III del libro que Maquiavelo dedica a Tito Livio, que dice: “Que la patria se defiende con honor o deshonor, y en ambos casos está bien defendida”. Pero tal vez lo austero de la frase puede ser complementada con lo que dice Spinoza en su Tratado político, que Vittorio Morfino (2019, p. 80) demuestra que está inspirado, por decirlo así, en la atenta lectura que Spinoza hace de las obras de Maquiavelo. Dice Spinoza (1986):

La piedad hacia la patria es sin duda la máxima que uno puede practicar. Suprimido el Estado, en efecto, nada bueno puede subsistir, todo corre peligro y, en medio del pavor general, solo reinan la ira y la impiedad. De donde se sigue que cualquier ayuda piadosa que uno preste al prójimo, resulta impía, si de ella se deriva algún daño para el estado; y que, al revés, no se puede cometer con él ninguna impiedad que no resulte piadosa, si se realiza por la conservación del Estado. (pp. 397-398)<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> B. Spinoza, *Tratado teológico político*, 232, 9-15.

No podemos decir, entonces, que Maquiavelo (ni Spinoza) sea partidario de una “razón de Estado”. Como veremos, la defensa del Estado y de sus instituciones tiene como único objetivo asegurar la libertad, de la República respecto de enemigos externos y de los ciudadanos mismo, a los que habría incluso que, como dirá más tarde Rousseau, obligarlos a ser libres. Claro que, en este punto, es necesario apuntar que la libertad como la entiende Maquiavelo no es la libertad del liberalismo contemporáneo, según el cual ser libre es hacer lo que mejor le parezca a cada uno. Quentin Skinner (2020) lo dice así:

El liberalismo en tanto que filosofía política no aparece sino hasta el siglo XVIII. Y si uno comprende esta noción como la limitación de poderes del Estado y, por consiguiente, de la ley, en beneficio de la libertad individual, si, Maquiavelo no es liberal. Para él, trátase de una monarquía o de una república, el buen gobernante es de entrada aquél que da leyes que permiten al régimen mantenerse, sobre todo evitando la corrupción, puerta abierta para la descomposición del Estado y, en último término, de su esclavitud. (p. 70)

En Maquiavelo, como en otros pensadores republicanos, en efecto, la libertad está íntimamente ligada al concepto del bien común, más que al de una voluntad arbitrariamente libre.

En ese mismo sentido, pero incidiendo más en el aspecto moral, es interesante recoger aquí también las observaciones del conocido historiador inglés Isaiah Berlin (1984): a Maquiavelo hay que concederle sin ninguna duda por lo menos la mitad de la moralidad, y es que para él los políticos deben siempre proponerse fines buenos o correctos, el mantenimiento del Estado. Problemática queda la otra mitad de la moralidad, pues es también sin duda cierto que para Maquiavelo todo medio vale para conseguir ese fin. Pero es necesario observar que el florentino no es un inmoralista, que defiende cínicamente acciones que él considera malas. Al contrario, para Maquiavelo existen dos morales contrapuestas e inconmensurables, la moral cristiana y la moral pagana. La diferencia está en que la moral cristiana sirve para alcanzar la salvación eterna del alma y por eso no es útil para gobernar. La moral

pagana, en cambio, sobre todo la romana, aunque también la griega antigua y, no hay que olvidarlo, la misma religión de ese gran fundador del Estado hebreo, Moisés, es una religión pública que exige una participación política en el Estado y no espera una recompensa eterna en el más allá, sino la salvación del Estado para permitir una vida en común aquí en este mundo.

No es tampoco el caso que Maquiavelo considere mala la religión cristiana y sus exigencias de buenas obras; lo que sucede es que, si el príncipe insiste en hacer que sus fines políticos tengan éxito solo a través de buenas acciones, cuando está en medio de tantas personas que no lo son, no solamente fracasará, sino que con certeza será destruido. Eso se lo ha demostrado el trágico fin del sacerdote dominico Girolamo Savonarola quien, después de gobernar Florencia tras la caída de los Medici terminó quemado en la hoguera, seguramente por haber pretendido reformar el Estado con buenas intenciones, pero sin armas para asegurar el éxito de su empresa.

En eso si Maquiavelo realiza una verdadera revolución, en la medida en que exige del príncipe la disposición a hacer siempre lo que es necesario para alcanzar los fines más altos del Estado -la libertad-, aun cuando tenga que mentir y ser cruel. Esto lo ilustra el mismo Maquiavelo al proponer como las virtudes principales del príncipe no las recomendadas por los autores cristianos y sus seguidores lejanos, los humanistas clásicos (es decir, honestidad, magnanimidad, liberalidad), sino las que poseen dos animales simbólicos: el príncipe debe ser fuerte como un león y astuto como un zorro. Así, por ejemplo, el príncipe debe ser capaz de impedir todo lo que lo haga odioso a sus súbditos, por lo que, si tiene que ser cruel, debe presentarse ante ellos con la mayor majestad posible, realizando cosas extraordinarias y evitar aparecer perverso aun cuando no pueda impedir comportarse perversamente.

Pero, nuevamente, Maquiavelo (2011) no pide que el príncipe sea perverso sino más bien que sea realmente virtuoso en un sentido convencional, aunque debe estar preparado para dejar de lado esas virtudes convencionales cuando lo exija la necesidad.

Un último punto ayuda a comprender, tal vez, la mala fama que persigue a nuestro autor desde el comienzo y que él mismo ayudó a generar: la dedicatoria de su libro más conocido, *El Príncipe*, a Lorenzo II, el heredero de los Medici que recuperó el poder para su familia cuando en 1512, tras la caída de Savonarola y de un breve período de libertad, derrumbó el gobierno republicano al que Maquiavelo había servido desde 1494 como secretario de la llamada segunda cancillería de Florencia, uno de los cargos más importantes de la ciudad y que lo llevaron a recorrer diversos países y a conocer a los principales actores políticos de la época –al papa Julio II, a César Borgia, al emperador alemán, al rey de Francia–. Esta dedicatoria y el formato mismo del libro, escrito a la manera de los consejeros de príncipes del renacimiento, han hecho pensar a quienes no han leído atentamente sus libros que Maquiavelo se limita a ofrecer su experiencia y su conocimiento de la historia, sobre todo romana, para que el gobernante conserve su poder a todo precio. Pero contra esta creencia común quisiera proponer dos argumentos.

El primero es la situación de Maquiavelo cuando escribe su libro: luego de recuperar el poder, en efecto, los Medici metieron a la cárcel y torturaron a Maquiavelo por considerar que había conspirado contra ellos junto con sus amigos del círculo literario que se reunía en los jardines de la familia Rucellai. Una vez liberado, Maquiavelo se retira a su propiedad al sur de Florencia y se dedica a la lectura y a la composición de algunos libros que le ganaron un nombre en la historia de la teoría política. Pero en diversas cartas a sus amigos expresa su descontento con su nueva situación y es por eso, en un vano intento por recuperar sus cargos, dedica su libro a Lorenzo II de Medici.

Pero eso no debe confundirnos. Es posible que uno de los primeros en haber dado cuenta de la ambigüedad de *El príncipe* haya sido el ya citado Spinoza (1986), quien cita explícitamente a Maquiavelo, en el *Tratado político*:

Maquiavelo ha mostrado, con gran sutileza y detalle, de qué modos debe servirse un príncipe al que solo mueve la ambición de dominar, a fin de conservar y consolidar el

Estado. Con qué fin, sin embargo, no parece estar muy claro [...]. Quizá haya querido probar con qué cuidado debe guardarse la multitud de confiar su salvación a uno solo [...]. Me induce a admitir esto último el hecho de que este prudentísimo varón era favorable a la libertad e incluso dio atinadísimos consejos para defenderla. (p. 121)

Cuando se lee a nuestro autor con cuidado, en efecto, no puede uno dejar de notar que los consejos para que el príncipe conserve su poder se dirigen a construir instituciones sólidas que lo sobrevivan y aseguren su gloria a la posteridad, único fin que debe perseguir, dejando de lado el poder y la riqueza que, sin duda, acompañarán su gobierno.

Este objetivo, que es mucho más claro en su segundo libro, los Discursos sobre la primera década de Tito Livio, lo consigue Maquiavelo en *El príncipe* persuadiendo al gobernante con arteras argumentaciones y, en la práctica, engañándole. Si esto parece probable, es debido a una obra de teatro, *La mandrágora*, que Maquiavelo escribe para el círculo literario al que pertenecía, en la que el joven Calímaco está perdidamente enamorado de la bella Lucrecia, quien resulta estar casada con el viejo, pero muy rico doctor Nicia, con quien sin embargo no puede tener hijos. Es entonces que Calímaco busca ayuda en el consejero Ligurio, junto con quien planea presentarse como un afamado médico que recomienda el uso de una pócima a base de mandrágora para asegurar la fertilidad de la bella Lucrecia, convenciéndolo de que su mujer concebirá si la toma, pero le advierte que el primer hombre en dormir con ella morirá. El joven héroe se ofrece galantemente a sacrificarse por él, mientras que la enamora y sigue su relación con ella a escondidas del necio marido, para al final casarse con ella una vez muerto el anciano.

Como asegura Pitkin (1999):

Es una historia sórdida, que no contiene ni un solo carácter admirable; pero al final todos terminan ganando. Nicia tendrá descendencia, Calímaco y Lucrecia se tienen uno al

otro. Como dice Ligurio, contemplando cómo se desarrolla su plan, 'me parece que bueno es lo que hace bien al mayor número y aquello con lo que el mayor número se complace'. (p. 30)

La misma Pitkin concluye que Maquiavelo se concibe como el astuto, si bien taimado consejero Licurgo y no tiene duda que nuestro autor se concibe a sí mismo como un hábil consejero de príncipes quien, sin embargo, los engaña para conseguir lo mejor para todos, concretamente para su muy amada república de Florencia. Añado, por último, sus reflexiones al comienzo de su libro:

Algunos [ven a Maquiavelo] como un abogado de la razón de estado, otros como un romántico que idealiza la Roma antigua, algunos lo ven como un apasionado patriota, otros como un cínico, algunos como un observador objetivo, otro como un maestro del mal; algunos como un republicano, otros como admirador de líderes fuertes y del poder militar. Cada uno se basa en los textos, pero ninguno ha tenido éxito en desplazar a los otros. (p. 3)

Y, constatando que la ambigüedad no está presente solo entre sus dos libros principales sino incluso en cada uno de ellos, concluye sabiamente preguntándose si esta ambigüedad no nos dice algo sobre el ejercicio mismo de la política.

## *2. La Importancia de las Leyes*

Pero no son solamente las argucias que pueden utilizarse para engañar al príncipe, ni siquiera tampoco las cualidades psicológicas y "morales" de un príncipe idealmente bien dotado, lo que Maquiavelo llama su *virtú*, las que debe defender el republicanismo, sino tal vez sobre todo la *virtú* del pueblo entero, problema del que se ocupa Maquiavelo en su segundo gran libro, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. El secretario florentino piensa efectivamente que la mejor maestra de la humanidad es la historia, y se basa siempre en un principio que, aunque permanece generalmente implícito, no es por eso menos importante para él:

que lo que ha sucedido una vez puede suceder de nuevo y su corolario, que quien examina los acontecimientos del pasado fácilmente puede prever los futuros. Por eso, estudiando sobre todo la historia de Roma, hace recomendaciones que ayuden a producir la necesaria *Virtú* del pueblo, es decir, el amor al bien de la comunidad incluso en contra del bien privado de cada uno.

El primer requisito es la libertad de la ciudad o Estado, con lo que quiere decir justamente que no debe ser gobernada sino por el interés de todos los ciudadanos, lo que puede llamarse el bien común. Para lograr la libertad de la república se necesita, ciertamente, buena fortuna -un fundador casi divino, de hecho-, pero lo decisivo es la *virtú* de los ciudadanos, a los que Maquiavelo llama simplemente “las masas”. Sin esta condición el Estado se corrompe e inevitablemente decae o degenera. Por eso, para salvar una república lo que se necesita no es solamente tener un príncipe que la gobierne con vistas al bien común, sino sobre todo que la organice de tal manera que los ciudadanos no tengan más remedio que ser virtuosos, es decir, de valorar más el bien público que el suyo propio.

De todas maneras, lo primero es un verdadero golpe de suerte: que haya habido un gran padre fundador, sea Licurgo entre los espartanos, o Rómulo entre los romanos, o Moisés entre los hebreos. Sin un líder que haga suya la gloria cívica es imposible crear un Estado duradero. Ya sabemos, por otro lado, que un verdadero liderazgo político sacrificará hasta los más básicos principios morales con tal de alcanzar la grandeza (la libertad interna y externa) del Estado, pero esto tampoco es suficiente; es necesario además crear buenas leyes que obliguen a conservar ese Estado.

Una constitución es corrupta cuando crea un pueblo él mismo corrupto, que no lucha por la libertad política sino por el propio enriquecimiento o, más exactamente, que se deja engañar por líderes que ocupan los cargos públicos no por su mayor virtud, sino porque persiguen sus egoístas intereses privados. Y no es que Maquiavelo sea enemigo de la riqueza o de la ambición, sino que piensa que la corrupción es el verdadero origen de la tiranía. Así, concluye Skinner,

“mientras que el mantenimiento de la libertad es una condición necesaria para la grandeza (de un Estado), el crecimiento de la corrupción es invariablemente fatal para la libertad” (Skinner, 1984, p. 75).

El problema que Maquiavelo quiere resolver se reduce pues a la siguiente pregunta: ¿cómo evitar que el pueblo se corrompa?, es decir, ¿cómo se le puede obligar a mantener el interés por el bien público?

Dos son las vías que propone Maquiavelo para lograr este objetivo: la primera es el buen ejemplo del fundador; la otra, que el pueblo tenga más miedo de violar la ley que la esperanza de inflar sus arcas.

La primera, el buen ejemplo, tiene un efecto inspirador, de tal manera que los hombres y mujeres buenos desean imitarlos y a los malos les da vergüenza comportarse de otra manera. Todos los políticos deben ser ciudadanos de alto valor personal, poseer sobre todo prudencia política y conocimiento tanto de la historia como de la actualidad, así como de la psicología que nos muestra a los seres humanos proclives a la traición y a un vicio privado que puede, sin embargo, tener gran repercusión pública: la envidia. Por eso, las leyes deben proteger a los políticos, no blindándolos frente a toda acusación, sino permitiendo al contrario que toda acusación se ventile transparente e imparcialmente, pero amenazando a los acusadores con grandes castigos si se descubre que no son más que calumniadores. De hecho, al final del tercer *Discurso*, Maquiavelo acusa a sus contemporáneos Savonarola y Soderini de no haber sabido defenderse de la envidia y de no haber querido aprender de la historia antigua y de la de la propia Florencia, por lo que acabaron por sucumbir a sus enemigos y, lo que es peor, casi llevaron con ellos a la ciudad a su destrucción.

Para lograr el segundo objetivo (que los ciudadanos adquieran, por miedo, la virtud) y yendo esta vez más allá de las propuestas de *El Príncipe*, Maquiavelo propone en los *Discursos* dos métodos principales. El primero es que se utilice el culto religioso como culto

cívico. Como ya vimos al comienzo, Maquiavelo (2011), como la mayoría de los pensadores políticos de la primera modernidad, desconfía del cristianismo, que es una religión privada que busca la salvación eterna del alma antes que el bienestar de la comunidad en este mundo mortal. Con todo, el florentino no deja de notar la ironía que significa que la Iglesia Romana haya dado el mal ejemplo, preocupada por su riqueza privada antes que por el bien de toda la comunidad, de tal manera que el pueblo italiano y en particular el florentino ha perdido toda piedad y se ha convertido en el pueblo menos religioso de todos, convirtiéndose en presa fácil tanto de sus enemigos internos como de los externos. Más en general, sin embargo, la preocupación por la vida ultramundana antes que por la vida política es el medio más seguro de llevar a un pueblo a la corrupción y a la decadencia.

El segundo método para lograr que los ciudadanos sean virtuosos es también el más efectivo: usar la ley para que, por coerción, los ciudadanos teman violarla y tengan el bien común por encima de sus intereses particulares. Eso es lo que lograron los primeros fundadores de Esparta (Licurgo), o de Roma (Rómulo y Numa), quienes establecieron excelentes leyes que impidieron que la ciudad se corrompiera durante siglos (p. 95).

En este punto Maquiavelo sigue decididamente a la tradición clásica, que considera que lo mejor es combinar las tres formas posibles de gobierno, la monarquía (el gobierno de uno solo), la aristocracia (el gobierno de algunos, a saber, los mejores) y la democracia (el gobierno de todos). Los mismos autores clásicos, empezando por Platón, notaron que estas formas de gobierno son inestables, generándose, a partir de la monarquía, la tiranía, a partir de la aristocracia, la oligarquía (donde gobiernan solo los que tienen dinero) y, a partir de la democracia, la demagogia. Maquiavelo, por eso, propone lo que él llama gobiernos con una constitución mixta.

La idea que está detrás de las recomendaciones de Maquiavelo es que en todo Estado hay dos grandes grupos opuestos, el de los ricos y el de los pobres. Es por eso que es imprescindible impedir que cualquiera de las dos partes obtenga un poder exclusivo, pues

inmediatamente se convertirá en una facción y se perderá irremediablemente la virtud y, por consiguiente, el pueblo se corromperá y la libertad se verá inmediatamente amenazada.

La clave para obtener la *virtú* del pueblo a través de la ley es, entonces, mantener las dos partes del Estado en conflicto constante, de tal manera que ninguna de las dos pueda gobernar a su antojo, sino que esté siempre bajo la vigilancia de la otra parte e impedir, como dice el mismo Maquiavelo, tanto “la arrogancia de los ricos” como “el libertinaje del pueblo” (p. 199). Esta especie de lucha de clases *avant la lettre o avant Marx* fue, según nuestro autor, el verdadero secreto de la constitución romana, la que le permitió durar cerca de mil años y que Maquiavelo está dispuesto a defender aun en contra de los historiadores que ven en esta misma tensión -de hecho, en el poder que terminó adquiriendo el pueblo-, el origen de la decadencia de Roma.

### *3. La corrupción y sus Remedios*

Para el secretario florentino la corrupción es lo que impide que el pueblo tome consciencia de las consecuencias de su apoyo a los demagogos. A su vez, esta corrupción de una verdadera libertad en el Estado es consecuencia de las desigualdades sociales; no es tanto porque los pobres se rebelen contra la desigualdad, sino porque la riqueza extrema de algunos de sus ciudadanos les permite tener muchos partidarios que terminan promoviendo, incluso sin saberlo, las ambiciones de los más favorecidos en contra del bienestar de todo el pueblo.

Cuando la reputación es adquirida por buenos servidores públicos, preocupados por el bien común, no aparece este problema, pero si cuando son individuos privados los que buscan su propio interés y compran votos y magistrados; este es el verdadero peligro: desde la desigualdad, pasando a la corrupción y llegando hasta la tiranía.

Un pueblo incorrupto, en cambio, aparentemente sería inmune a esas tentaciones y oiría mejor las advertencias de las

autoridades contra los tiranos potenciales, que buscan robarle al pueblo no solo su dinero, sino, lo que para Maquiavelo es sin lugar a dudas peor, su misma libertad.

Pero hay que tener en cuenta también que la corrupción es el producto de descuidos que se suceden en un largo tiempo y a la que le anteceden muchos hechos en contra de la ley, por lo que, además, los poderosos corruptos se vuelven cada vez más hábiles para utilizar las leyes en su propio provecho. Por eso, los remedios para la corrupción de un pueblo, como veremos inmediatamente, deben ser radicales y prácticamente equivalen a una nueva fundación. Pero lo mejor es prevenir la corrupción antes de que aparezca.

Hay tres medios de prevenirla, según Maquiavelo: con el buen ejemplo, del que ya hemos dicho algo, y con castigos ejemplares y con buenas instituciones, de lo que hablaremos a continuación.

La república de Maquiavelo es un lugar peligroso, pues nuestro autor tiene una tendencia a preferir castigos extremos como la pena de muerte e incluso el asesinato antes que enseñarles virtud a los ciudadanos. De hecho, en los *Discursos* la violencia correctiva parece haberse vuelto rutinaria. Cada cierto número de años, nos recomienda Maquiavelo, deben aplicarse castigos ejemplares y espectaculares contra los infractores, especialmente contra los más jóvenes, antes de que hayan logrado afianzar su poder. Pero esto vale también para antiguos servidores del Estado, que no deben pensar que la ley puede hacer excepciones con ellos; esto es lo que Maquiavelo llama la ingratitud, pues la república puede perder su libertad cuando ama demasiado a estos hombres ambiciosos: no es el amor, sino el miedo lo que mantiene la República.

Pero el mismo miedo es inútil cuando se aplica demasiado tarde, como cuando Bruto y otros confabulados mataron a César, lo que no hizo sino agravar la decadencia de Roma. En general, dice Maquiavelo (2011):

Uno no debe querer dejar pasar más de diez años entre una y otra de estas ejecuciones; pues cuando este tiempo ha pasado, los hombres empiezan a cambiar sus costumbres y a transgredir la ley. A menos que surja algo por lo que el castigo sea traído de nuevo a su memoria y el miedo sea renovado en sus espíritus, pronto se juntarán tantos delincuentes que no podrán ser castigados sin peligro. (Discursos, 220)

Este terror es semejante al que rige en los momentos fundacionales de las repúblicas, con lo que el razonamiento de Maquiavelo se acerca al de Hobbes, para quien también el miedo es el origen de un nuevo pacto socializador. La diferencia está en que para el florentino el objetivo no es la paz y la tranquilidad de los aburguesados ciudadanos, sino la guerra misma, por la cual deben ser apreciadas las virtudes de las dos clases sociales: el honor de los ricos y más favorecidos, por un lado y, por el otro, el deseo de propiedad y seguridad de los más pobres.

Además, Maquiavelo, a diferencia de Hobbes, no propuso nunca un poder absoluto sino, como hemos visto, un equilibrio de poderes dirigido por el príncipe, pero donde los ciudadanos deben permanecer libres para ejercer una rigurosa vigilancia del Estado.

Por último, mientras que en Hobbes el soberano decide las leyes pensando en su propio beneficio, en Maquiavelo la supervivencia del Estado depende, a la larga, de que las leyes o la constitución establezcan instituciones fuertes que aseguren una tensión constante entre los grupos existentes en toda organización política.

Es aquí donde se encuentra la mayor originalidad de Maquiavelo y donde debemos prestar mucha atención para entender su propuesta en contra de la corrupción. Ya hemos hablado acerca de la preferencia de Maquiavelo por un gobierno mixto, en el que se manifiesten los intereses de los nobles (el honor), de los ricos (evidentemente, la riqueza) y de “los muchos”, como llama Maquiavelo al resto de los ciudadanos (la seguridad).

Pero habría que añadir que nuestro autor tiene una concepción médica de la política, que en toda la antigüedad está dominada por la idea de los humores existentes en cada cuerpo (húmedos o secos, fríos o calientes, biliosos o sanguíneos, etc.). En el cuerpo político Maquiavelo reconoce dos y solo dos grupos diferenciados, el de los ricos, que quieren dominar, y el del resto, que lo único que quiere es no ser dominado. En ese sentido, se encuentra en Maquiavelo una (casi siempre velada) preferencia por estos últimos, pues son quienes están dispuestos a defender la libertad que, como hemos visto, es el fin, último y único, de la república.

Pero debe quedar claro también que la cura de cualquier enfermedad, producida siempre por el dominio indebido de uno de los humores, no puede ser la eliminación de los transgresores, pues eso produciría más bien la muerte del cuerpo, sea orgánico o político. De lo que se trata más bien es de armonizar, en la medida de lo posible, la acción de cada humor o parte. Ya hemos hablado de las instituciones del Estado y del papel fiscalizador que tienen los diferentes intereses en juego en él; se puede considerar a Maquiavelo un lejano precursor de la separación de poderes, que en nuestras democracias modernas se encuentran en el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial, básicamente. De hecho, lo que más admira el secretario florentino de los antiguos romanos es la habilidad con la que, después de deshacerse tempranamente de los reyes, establecieron instituciones confiables que repartían el poder entre, por un lado, los nobles, a quienes convirtieron en cónsules, encargados de los asuntos externos (que para los romanos significaba principalmente la guerra, que estos nobles dirigían consiguiendo honor -y riqueza también-); por otro lado, el Senado, a cargo de los ciudadanos notables, especie de aristocracia siempre en peligro de degenerar en timocracia; y, por último, los tribunos que, como veremos más adelante y para concluir, fueron establecidos para defender los intereses de la plebe o del pueblo, amenazado constantemente por los abusos de los senadores.

Pero, más en general, podemos sacar algunas conclusiones de esta recomendación de tener instituciones fuertes. En primer lugar, debemos observar que, contra Hegel y antes que él, Maquiavelo no

piensa que se deba esperar una reconciliación al final de la historia, sino que, por el contrario, para el florentino las contradicciones se deben mantener, pues es la única manera de asegurarnos de una fiscalización constante y activa por parte de los intereses necesariamente enfrentados en todo cuerpo político. De hecho, cada grupo tiene valores que son necesarios para que la república consiga una gloria perenne: el honor, la riqueza y la libertad son parte integrante de toda sociedad. Pero también es cierto que cada uno de esos grupos tiene sus defectos que deben ser contrarrestados, como venimos diciendo, por los otros humores de la sociedad; Maquiavelo (2011), en efecto, se pregunta: “¿quiénes tienen mayores estímulos para realizar tumultos, aquellos que desean adquirir o los que quieren mantener? (*Discursos I*, 5) (es decir, el pueblo o los poderosos) y a continuación describe esos defectos: por el lado del pueblo, falta de preparación, ingenuidad e inconstancia; por el lado de los poderosos, ambición y resistencia a obedecer a las leyes. De ahí el valor de la contradicción y del enfrentamiento pues, para el florentino, las estructuras políticas no funcionan por sí solas, sino que deben regular el juego político en medio del conflicto de clases.

En segundo lugar, de lo que venimos diciendo se sigue que el poder, según Maquiavelo, no está delimitado en las instituciones del Estado, concretamente en los tres poderes antes citados, sino que, cerca tal vez a lo que enseñó Foucault, el poder está diseminado por todo el cuerpo social y se concreta a cada instante. Esto quiere decir que el equilibrio entre los diversos humores no se realiza solo por el equilibrio de poderes del Estado. Lo más interesante de las reflexiones políticas de Maquiavelo parece ser su teoría de los tumultos, en íntima relación con lo que venimos diciendo del poder en la sociedad. Porque las instituciones para Maquiavelo son de dos tipos: unas que siguen los modos llamados por él ordinarios; otras, diversos modos extraordinarios.

Los tribunos, en efecto, fueron establecidos dentro de la estructura estatal de los antiguos romanos después de dos tipos de reacciones de la plebe ante las injusticias de los senadores: por un lado, se negaban a ir a la guerra lo que, evidentemente, era una gran

amenaza para una república guerrera e invasora como la romana. Por otro lado, el pueblo abandonaba la ciudad cuando no estaba de acuerdo con lo que consideraba abusos de los senadores y de la clase gobernante: se iban a las montañas y la ciudad quedaba vacía, sin ningún tipo de actividad comercial y no había modo de hacerlos volver a la vida normal hasta que el senado no atendiera a sus demandas.

En esto Maquiavelo es un pensador original respecto a la tradición que él mismo estudió con pasión. La mayoría de los historiadores considera, en efecto, que la decadencia de la antigua Roma se debió a la naturaleza tumultuosa de su población y a la constitución permisiva de estos desordenes. Maquiavelo, en cambio, afirma decididamente que, al contrario, esa naturaleza tumultuosa y la constitución que la regía fueron la principal causa de la permanencia de la republicana romana durante prácticamente un milenio. En los Discursos, en efecto, afirma Maquiavelo (2011) que “la desunión entre la plebe y el senado romano hizo libre y fuerte a aquella república” (*Discursos*, I, 4). De hecho, ya en el capítulo II había anunciado los objetivos de toda la obra: “Roma obtuvo su perfección a través de la desunión de la plebe y el senado, como va a ser demostrado abundantemente en los siguientes dos capítulos” (*Discursos*, I, 2).

Es cierto que, para Maquiavelo, los tumultos son buenos solo bajo ciertas condiciones, que resume muy bien Gabriele Pedullà (2018):

Los tumultos son buenos solo bajo ciertas condiciones: no son violentos; en último término mejoran las instituciones; ofrecen un ‘desfogue’ seguro de los ‘humores’ de aquellos hostiles contra sus gobernantes y, gracias a la amenaza que ponen, fuerzan a los gobernantes a portarse más virtuosamente; no suceden entre ‘sectas’ organizadas; y son conmensurables con sus ‘objetivos’ (p. 1).

Y el mismo Pedullà hace notar, con acierto, que la teoría de los tumultos es central en Maquiavelo y atraviesa sus reflexiones sobre la mejor forma de gobierno, sobre el valor del miedo, sobre la política ciudadana, sobre la conquista, la guerra e incluso la religión (p. 1).

Maquiavelo (2011), por otro lado, explica las posibles causas por las que los historiadores anteriores a él consideran los tumultos como perniciosos y como la causa de la decadencia de Roma:

Digo que aquellos que condenan los tumultos entre los nobles y la plebe me parecen echarle la culpa a aquello que fue la principal razón por la que Roma permaneció libre y prestarle mayor atención a los ruidos y gritos que estos tumultos despertaron que a los buenos efectos que generaron; y no consideran que en toda república hay dos diferentes humores, el pueblo y los poderosos y que todas las leyes que promueven la libertad surgen de su desunión (2011, *Discursos I*, 4).

Por eso, gran parte de la admiración de Maquiavelo por el pueblo romano, no solo por su constitución política, se debe a que acabaron tempranamente con la monarquía y establecieron una república; pero además porque, un poco más adelante en su historia, los romanos obligaron tumultuosamente al senado a establecer a los tribunos como defensores del pueblo general<sup>2</sup>, estableciendo incluso normas por las cuales se impedía que fuera tribuno cualquiera que tuviera riquezas excesivas y que fuera, por consiguiente, sospechoso de o proclive a favorecer los intereses de los ricos. Estos efectos positivos demuestran, para nuestro autor, la necesidad en la que está todo historiador de concentrarse en los resultados, antes que en el ruido y en el desorden aparente.

De hecho, las tres características por las cuales es criticada la institución de los tribunos desde la antigüedad son tomadas por

---

<sup>2</sup> Roma adquirió su forma definitiva tan temprano como en el año 494 antes de Cristo, con la creación, justamente, del tribunado, junto al senado y los cónsules.

Maquiavelo como demostraciones de su valor: primero, que surgen de la discordia; segundo, que no eran propiamente magistrados, debido a que representaban solo a los plebeyos; por último, el extraordinario alcance de sus poderes, en tanto podían vetar cualquier proyecto de ley y también procesar a cualquier ciudadano, incluidos los patricios, ante una asamblea popular (Pedullà, 2018, p. 44). A esto se añade la demagogia que los hacía muchas veces más un peligro para el orden público que defensores de la libertad.

La creación del tribunado era parte, según el genial político florentino, de una estrategia constitucional para impedir que los conflictos se radicalizaran hasta el punto de generar una revolución violenta, contra la que siempre está en contra Maquiavelo. Al igual que con el cuerpo humano, la vida política necesita vías de escape para los humores peligrosos acumulados a lo largo del tiempo, para lo que es recomendable equilibrarlos con otros humores de sentido contrario, o purgarlos o, en caso extremo, extirparlos quirúrgicamente. De esta manera, los tumultos tienen un valor tanto institucional como psicológico, como vías de escape para conflictos potencialmente desastrosos para el cuerpo humano y el cuerpo político; en esto se une el Maquiavelo conocedor de la historia y de las instituciones romanas con su fina sensibilidad antropológica y conocimiento del alma humana.

Otro de los modos extraordinarios es la posibilidad para el pueblo de realizar acusaciones en contra de los funcionarios sospechosos de utilizar los fondos públicos en beneficio propio, entre otros delitos del mismo tipo. Maquiavelo es muy claro en indicar, sin embargo, que, si bien estas acusaciones deben ser permitidas para tranquilizar a la plebe y los que son encontrados culpables deben ser castigados ejemplarmente, se deben establecer castigos incluso más drásticos para los que utilicen estos medios extraordinarios para calumniar a sus enemigos. En general, debemos tomar todas estas instituciones extraordinarias como parte de una estrategia pedagógica que busca lo que es tal vez el secreto último de lo que

es tal vez el secreto último de lo que dice Maquiavelo: la función del estado es la búsqueda del bien común.

#### *4. Conclusiones: ¡Maquiavelo no era un Maquiavélico!*

La primera conclusión a la que podemos llegar después de lo expuesto en este artículo es que, paradójicamente, Maquiavelo no era un maquiavélico. Los fines que se propone con sus escritos es, efectivamente, el mantenimiento del Estado a todo precio, es cierto, pero no para el enriquecimiento de los gobernantes ni por la desnuda seguridad del Estado, sino por el bien común, es decir, la libertad de todos los ciudadanos y ciudadanas.

En efecto, el bien común no se identifica para Maquiavelo con los intereses privados de riqueza y tranquilidad; de hecho, el bien común no tiene que ver con el consenso y muchas veces lo contrario es cierto: el conflicto permanente permite que el Estado se mantenga alerta y, así, progrese, es decir, que no se corrompa y valore sobre todo su libertad. La corrupción, en efecto, no es para Maquiavelo solo atribuible a los gobernantes sino, tal vez, sobre todo, a un pueblo él mismo corrupto, más preocupado por sus asuntos privados que por el bien común, lo cual no deja de llamar la atención a nuestra reprobable pasividad ante la corrupción de nuestras instituciones: ocho presidentes en 10 años es solo el dato más saltante.

Además, se sigue de lo que hemos visto que ese bien común no se consigue solo con instituciones del estado sino con la participación decidida de todas las personas que pertenecen a un Estado en el mantenimiento de la libertad, la lucha contra la corrupción y la búsqueda del bien común (todos estos términos son prácticamente sinónimos para nuestro autor). La tumultuosa reacción del pueblo chileno en contra del modelo económico neoliberal, que no se detuvo sino por la pandemia del 2019 y sea cual sea el resultado que tuvo al final, con el plebiscito, está en la línea de lo que sugiere Maquiavelo, en contra de lo que tienden a

decir los autores ligados a la escuela de Cambridge, que subrayan la importancia casi exclusiva de las instituciones democráticas formales, como el por lo demás muy serio y sugerente Quentin Skinner.

Lo más importante, por último, es la capacidad del Estado para resolver los conflictos de manera pacífica. En ese sentido, dos instituciones de las democracias modernas, que están presentes también en la Constitución peruana, parecen expresar el fondo de lo que nos dice Maquiavelo: por un lado, la Defensoría del Pueblo que, cuando no es tomada por intereses ilegítimos y muchas veces ilegales, como sucede actualmente en nuestro país, cumple una función reconocida por todos. Por otro lado, el Tribunal Constitucional. En ambos casos, son instituciones cuya única legitimación es su acción coherente con los más altos objetivos de la república y su capacidad de escuchar a todos los ciudadanos, no sólo a los poderosos o a los políticos profesionales. Es por eso mismo que es lamentable (y muy peligroso) ver cómo se las manipula y se eligen a sus miembros por conveniencias particulares y no con vistas al bien común, es decir, la libertad de todos (y todas) bajo la ley.

*Referencias Bibliográficas*

- Berlin, I. (1983). La originalidad de Maquiavelo. En *Contra la corriente*. Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, N. (2011). *Maquiavelo: El príncipe. El arte de la guerra. Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Vida de Castruccio Castracani*. Gredos.
- Merleau-Ponty, M. (1960). Notes sur Machiavel. En *Signes*. Gallimard.
- Morfino, V. (2019). *The Spinoza-Machiavelli Encounter*. Edinburgh University Press.
- Pedullà, G. (2018). *The discourses on Livy*. Cambridge: University Press.
- Pitkin, H. F. (1999). *Fortune is a woman*. The University of Chicago Press.
- Skinner, Q. (1984). *Maquiavelo*. Alianza Editorial.
- Skinner, Q. (2020). Une idée républicaine de la liberté. En: Varios autores, *Machiavel*, Le Point febrero-marzo.
- Spinoza, B. (1986). *Tratado político*. Fondo de Cultura Económica.
- Spinoza, B. (1986), *Tratado teológico político*. Fondo de Cultura Económica.